



EXILIO ESPAÑOL E IMAGEN DE ESPAÑA EN MEXICO

Inmaculada CORDERO OLIVEROS

Los mexicanos de la generación posterior a la revolución de 1910, en razón de los programas vigentes acerca de la historia de México, salimos de la escuela primaria, allá por los años treinta, con una visión terrorífica de la Conquista y por tanto con un rencor acendrado hacia España, la España de Cortés, demoledora de antiguas culturas, cruel y ávida de riquezas. El otro lado de la medalla correspondía a la obra humanista de los misioneros..., pero esa imagen palidecía, se borraba ante las huellas de la esclavitud y el recuerdo del tormento de Cuautemoc, rey de México. Fue la catástrofe de la Guerra Civil española, la emigración republicana después, los acontecimientos que nos hicieron discernir entre una España y la otra; los mexicanos nos reencontramos con la raíz patria no aceptada y al encontrarla, la amamos en razón de su dignidad, de su condición trágica de Quijote en el destierro» (1).

(1) Carmen de la Fuente, «España rescatada», Boletín del Centro Republicano Español, 59, noviembre de 1981, pp. 2-3.

El exilio español de 1939 fue consciente, a su llegada a México, de la imagen negativa de nuestro país en aquellas tierras. Por su bien y por el de España, se empeñó en transformar esa imagen. Para hacerlo contó con dos instrumentos: la existencia de una colonia de emigrantes económicos, si no excesivamente numerosa sí con un importante poder económico y social, que representaba la España más tradicional en México; y la creación de un nuevo concepto de hispanidad que se englobaba bajo el concepto de «*transterrado*». Con uno y otro intentaron transformar la imagen de nuestro país en el país azteca, llevando a su fin un camino de reencuentro que, iniciado en 1898, se había truncado con la Guerra Civil. A esa labor que, una vez constatado el fracaso político del exilio, podrá dar sentido al sacrificio de muchos españoles de ser reconocida por la España de hoy, están dedicadas estas páginas.

La imagen de España en México

La imagen de España en México, desde su nacimiento como nación, era negativa. Ahora bien, esta afirmación ha de ser matizada. Existía una profunda desigualdad entre la imagen de España que poseía el pueblo de México, —ese que, con suerte, conseguía superar los niveles de primera enseñanza en un país en el que, aún hoy, la edad media de escolarización no supera los cuatro años de edad, y la que tenían aquellos pocos mexicanos que se formaron en escuelas privadas, generalmente religiosas y prohispanistas, que accedieron a niveles superiores de enseñanza, que leyeron, viajaron, etcétera.

La mayoría de los mexicanos adquirió su imagen de España en la escuela pública. Su único contacto con nuestro país fueron los textos escolares. En ellos aprehendieron unos clichés que, ante la inexistente posibilidad de contactos directos con la Península o de lecturas que los matizasen, perduraría en sus mentes durante toda su vida. Eran los textos sobre historia de México los que enseñaban al mexicano todo lo que iban a conocer de España. Eso hacía que la imagen de España y lo español estuviese irremediabilmente unida a la imagen del periodo de conquista y colonia, a la relación metrópoli —excolonia, explotador— explotado.

Parecía evidente que la mayoría de los mexicanos no iban a transformar esos clichés con una visita a España o con lecturas, pero, ¿y con el contacto directo con los españoles? La importancia de la imagen que diese la colonia de emigrantes económicos residentes en aquel país era fundamental, ya que representaba a la totalidad de los españoles. Los comportamientos y caracteres de ese grupo, encarnaban a España ante los ojos de los habitantes del país azteca. Ese hecho, perjudicó más que benefició a la imagen de España, porque incorporó al resentimiento histórico recelos de carácter socioeconómico. El antiespañolismo nacionalista que los mexicanos aprendían en los libros de texto, adquiría

con la colonia connotaciones sociales. El mexicano «de a pie», veía en cada español a un gachupín. Un emigrante de alpargata que, arropado por un sistema de emigración en cadena y gracias al control de determinados nichos económicos de su país, conseguía hacer fortuna, creando industrias o comercios en los que los mexicanos eran simples empleados. Se trataba de la reencarnación de los conquistadores en un momento histórico distinto. El fin era idéntico, explotar a México y a los mexicanos en su beneficio. Con esa doble experiencia, la aprendida en la escuela y la adquirida en la vida profesional y económica, no era de extrañar que la imagen del español, y por extensión de España, fuese negativa.

Si bien los resentimientos de tipo socioeconómico eran un factor natural que determinaba la imagen de España en aquel país, no ocurría así con el otro gran creador de esa imagen, el libro de texto. Este manipulaba la imagen de España con fines concretos. La proyección negativa de nuestro país en los textos escolares mexicanos respondía al carácter intrínsecamente nacionalista que poseían unos libros cuya misión era crear ciudadanos fieles al Estado.

El antiespañolismo del nacionalismo mexicano surgió de forma natural en la independencia, para convertirse en la ideología de un Estado que necesitaba diferenciarse interior y exteriormente. Cara al interior, al antiespañolismo cumplía la función de sustituir la lealtad al antiguo Estado por la conciencia de ser ciudadano de un Estado nuevo. Cara al exterior, cumplía una función diferenciadora, exaltando los caracteres que los separaban de sus vecinos y relegando aquellos que los igualaban, la herencia hispana. La transmisión de una imagen negativa de España a través del mejor vehículo con que el joven Estado contaba para crear nuevos ciudadanos, la escuela, fue prácticamente indispensable. «El rompimiento de la relación colonial deterioró la imagen española tanto en México como en las antiguas colonias, como consecuencia natural de los acontecimientos y debido también a la influencia del pensamiento enciclopedista y el modelo republicano estadounidense y, en suma, de las doctrinas liberales. El periodo colonial fue rechazado como proyecto histórico y la dominación española llegó a representar todo lo que política y espiritualmente los americanos no querían ser» (2).

No obstante, aunque las necesidades de diferenciarse interior y exteriormente desapareciesen, y aunque lo hiciesen también las diferencias económico sociales que separaban al pueblo de México de la colonia de emigrantes españoles, la imagen de España no cambiará sustancialmente. Y es que, la imagen negativa de lo español era un chivo expiatorio perfecto de cuantos errores y defectos surgieron en el México indepen-

(2) M. Luisa Treviño y Daniel de la Pedraja, *México y España, transición y cambio*, México, Moritz, 1983, p. 35.

diente. En ese sentido, era bastante significativo, que quienes fomentaban la imagen negativa de nuestro país, a través de los libros de texto o de la prensa, fuesen un Estado y unos medios de comunicación que estaban dirigidos por hombres educados, bien en colegios religiosos de ideología prohispanista, bien en colegios públicos pero con una visión de España matizada por sus estudios superiores, lecturas, viajes, etcétera. No cabía duda, que en el caso de España en México, como en el de cualquier antigua metrópoli en su antigua colonia, nuestra imagen iba a depender más de las necesidades de ese Estado nuevo que de la realidad del nuestro. Vamos a hacer un breve recorrido a lo largo del México independiente, para observar cómo la imagen de España fue un objeto manipulable, dependiente de las circunstancias internas.

El siglo XIX asistió al nacimiento de las naciones iberoamericanas. La formación de naciones nuevas exigía, interior y exteriormente, la satanización de la situación anterior, que no era otra que la dependencia de España. De la misma forma que nuestro país se preguntó por su identidad cuando su hegemonía entró definitivamente en decadencia, las nuevas naciones buscaron las raíces de su personalidad y el lugar que les correspondía en el mundo. En ese proceso, México tomó conciencia de lo que quedaría definido como la más famosa sentencia política de aquel país, pronunciada por Porfirio Díaz: «Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos». ¿Qué somos?, se preguntaban. Marginados de España, que a su vez estaba marginada del mundo racional y moderno, marginados de marginados. Alfonso Reyes afirmaba, en los albores del siglo XX, que para sus predecesores su identidad era resultado de una serie de fatalidades: ser humanos, haber llegado tarde a un mundo viejo, haber nacido en América (sucursal de ese mundo, no centro de civilización), ser latino, dentro de ello ser hispano y, lo que era peor aún, ser hispanoamericano. Finalmente, el colmo de los males era tener la desgracia de haber nacido al lado del gigante EE UU (3). Sarmiento, desde Argentina, a la cabeza de toda una escuela cientifista y racista que ocupó el último tercio del siglo XIX, culpaba a España del atraso de América. Al establecer las causas del mismo, el autor de *Facundo* colocaba en primer lugar a la mezcla de razas que nuestro país llevó a cabo en sus colonias, frente al evidente buen resultado que en las colonias anglosajonas había dado la falta de mestizaje (4).

(3) Recogido por Leopoldo Zea en «El pensamiento político nacional y latinoamericanista y la idea de América», *Cuadernos Americanos*, México, marzo-abril 1987, p. 160.

(4) Con respecto a este tema podría ser de enorme interés para el lector consultar un número monográfico que sobre las relaciones España-Iberoamérica publicó *Cuadernos Americanos* en marzo-abril de 1987. En dicho número se encuentran recogidos tres artículos fundamentales: el que hemos reseñado en la nota anterior de Leopoldo Zea y los de José Luis Rubio, «La España del siglo XX ante Iberoamérica», y Antonio Monclús, «El pensamiento español y la idea de América».

En torno al «desastre» se transformaron las valoraciones, y lo que hasta entonces había sido la peor herencia española en América, el mestizaje, se convirtió en la gran aportación de la misma a las nuevas naciones. En cierta medida porque se solidarizaron con la antigua madre que estaba siendo atacada, pero sobre todo, porque los países iberoamericanos, —México especialmente porque era el que geográficamente se veía más afectado—, tomaron conciencia del peligro que Estados Unidos suponía para sí mismos. Se rechazó la pretendida «sajonización de América» y se buscaron las raíces hispanas, como elemento de unión entre unas naciones con un problema común, el peligro que para todos ellos suponía el poder expansivo de los Estados Unidos.

Con ocasión de la celebración del cuarto centenario del Descubrimiento, la América hispana había iniciado un acercamiento a España, pero fue el 98 lo que actuó como verdadero revulsivo para la conciencia de los americanos. Frente a la América sajona se tomó conciencia de pertenecer a la América latina, heredera de lo español en cuanto mediterráneo, fusionador de culturas y de razas. En el caso de México, Justo Sierra, Vasconcelos y Alfonso Reyes, fueron la cabeza de una generación, nacida intelectualmente en el Ateneo de la Juventud en 1910, que impuso en México una revalorización de lo español. Estos intelectuales, tras acusar a sus antecesores de «nordomanía», (5) de imitación, admiración y subordinación a los EE UU, anunciaban que el provenir de la América española habría de ser una unión, que evitase la balcanización y la indefensión ante el enemigo común, y cuyas bases habrían de ser la herencia común hispana.

En ese marco, la hispanidad tomó un nuevo impulso, y la imagen de España mejoró. Fueron los años del vasconcelismo cultural y del porfirismo político, los años en que Rafael Altamira, a la cabeza de un grupo de intelectuales españoles, inició un programa de intercambio cultural con Hispanoamérica a través de la universidad. En el caso de México, el trasiego de hombres de cultura que ese programa representó, puso las bases del reencuentro que después los transterrados protagonizarían.

Sin embargo, esa transformación de la valorización de España hacia lo positivo, que había comenzado a tomar forma en la avanzadilla de la sociedad mexicana, no llegó al pueblo. Un hecho político interno vino a dar nuevo brío al antiespañolismo mexicano: su guerra civil (6). En lo

(5) Recogido por Leopoldo Zea, *op. cit.*, p. 139.

(6) Carlos Illades Aguiar, en *Presencia española en la revolución mexicana*, México, UNAM, 1987, analiza la actitud hacia los españoles en México durante la Revolución. La xenofobia hacia los españoles fue clara. Al sentimiento nacionalista antiespañol por su identificación con el pasado colonial, se unió su ubicación económica, ya que eran propietarios y controlaban el comercio y la «usura». Desde el punto de vista político, el antiespañolismo se reforzó por cuanto mostraban su apoyo a Díaz y Huerta, es decir, a la contrarrevolución. Finalmente, ese antiespañolismo se explicaba por la experiencia diaria: los españoles trataban con desprecio y racismo a los mexicanos.

que fue una guerra revolucionaria con tintes nacionalistas, en cuanto que se levantaba contra un régimen acusado de xenófilo, el odio de los grupos populares hacia los españoles, por extranjeros y propietarios, se agudizó. En general, la actitud mantenida por España respecto a la revolución mexicana y la de los españoles residentes, grandes propietarios unos, usureros otros, acaparadores de víveres en una época difícil, agudizó las diferencias entre españoles y mexicanos.

Un interesante libro escrito por J. Elguero, *España en los destinos de México*, nos informa sobre la imagen de España que circulaba por el México revolucionario. Este texto apareció como respuesta a un folleto todavía en circulación en los años cuarenta, aunque escrito sobre el año 1928, que, según el autor, denigraba y acusaba a España de todos los males de su país, exigiendo la expulsión de todos los españoles de su territorio. El autor de lo que constituía un acto de desagravio hacia España, resumía en una frase la imagen de nuestro país que el exitoso folleto propagaba: «Los infortunios de México se deben a la educación española que recibimos, a la cultura colonial y al espíritu de explotación que anima a los peninsulares» (7).

En y tras la guerra civil mexicana la herencia española se convirtió en bandera de lucha. Para un bando era el origen de los privilegios que aspiraban a preservar, para el México vencedor era la culpable de la situación que aspiraba destruir. Durante la guerra se puso de manifiesto la existencia dos Méxicos antagónicos ideológicamente, y la imagen de España se convirtió en un factor clave en esa antítesis. El México vencedor, tal vez porque el otro bando había monopolizado la herencia hispana, convirtió el indigenismo antiespañol en la ideología del régimen. El Méjico vencido —escrito con «J» en honor a España y llevando así al terreno fonético una lucha política— convirtió la defensa de los dos elementos que en aquel país se consideraban la clave de la herencia española, el catolicismo y los derechos de propiedad, en el núcleo de su ideología. En esa lucha que tenía por testigo mudo la herencia española, la imagen de nuestro país se radicalizó; sobre todo de parte de los vencidos, que agudizaban su defensa hasta puntos que los españoles consideraríamos ridículos conforme se veían más en minoría. El México tradicionalista monopolizó la herencia hispana, hasta el punto que hizo imposible que el Estado mexicano postrevolucionario

(7) J. Elguero, *España en los destinos de México*, México, 1942. Frente a la actitud del autor del folleto, Elguero defiende a España pues: «un México antiespañol es un México yanqui». Esta postura empieza a abrirse camino tras la Revolución. La raíz española es el arma para oponerse al verdadero enemigo, gracias a los valores morales y culturales de la civilización hispana. El cambio de imagen de España en México, en los momentos posteriores a la Revolución, se debe al miedo al gigante del Norte, que les hace replantearse la herencia hispana. A pesar de ello, al cambio de imagen comienza entre los intelectuales, mientras las raíces antiespañolas son muy fuertes entre los mexicanos con estudios elementales. p. 11.

rio y el pueblo, que se formó en las escuelas controladas por él y con unos libros de texto impresos por él también, se reconciliasen con la herencia española, por cuanto era patrimonio exclusivo de los opositores (8).

La herencia hispana se había constituido, un arma de lucha, pero un hecho iba a transformarlo todo. Dos circunstancias convergieron para que la imagen de España sufriese una importante transformación: la llegada de la República en España, el ascenso al poder de un gobierno trascendental en la historia postrevolucionaria del país azteca; el Gobierno Cárdenas. La llegada de la República despertó un enorme entusiasmo en el Estado mexicano y el temor en el México conservador. Para Cárdenas, la República hermanaba a dos pueblos con idéntica aspiración, la de liberarse a sí mismos de su pasado para poner en marcha un sistema nuevo. Los mexicanos lo habían conseguido. Eso los invitaba a solidarizarse con los españoles que ahora lo intentaban. México consideró la lucha española como suya propia. Por primera vez vieron a España como un pueblo compuesto por hombres distintos a los conquistadores, con los mismos problemas que ellos e idénticos anhelos. Esa identificación, esa congratulación que los mexicanos sentían por el éxito de la República, explicaba el enorme interés con que vivieron nuestra guerra civil. De nuevo, España ofrecía a aquel país un pretexto para explotar la división entre México y Méjico. Sin embargo, ahora no se trataba de aceptar o rechazar la herencia hispana, sino de aceptar ser herederos de una España o de la otra. El México oficial vio en la guerra entablada por las dos Españas una forma de reconciliarse con nuestro país, sin acercarse por ello a la parte de esa herencia monopolizada por los tradicionalistas. Y lo hizo, identificándose plenamente con la España contraria a la que los conservadores consideraban su madre, la republicana.

Cabría señalar, no obstante, que los tópicos, imágenes o clichés, cambian con extrema lentitud. No podemos esperar que, porque la postura oficial y de la élite cultural mexicana hubiese cambiado hacia una plena identificación con la España que llevaba a cabo un proceso revolucionario que los hermanaba, el pueblo hubiese olvidado odios y temores ancestrales, hondamente afincados en el subconsciente colectivo. Bastó que se anunciase la llegada de un contingente de españoles a México para que, en parte manipulados por determinada prensa mexicana, el pueblo reaccionase contra los españoles, resucitando toda la imagen negativa de España.

(8) Dos obras son especialmente interesantes para entender la relación existente entre la imagen de España que el pueblo adquiría de los textos escolares y la historia política del México independiente: la de Josefina Zoraida Vázquez, *Nacionalismo y educación en México*, México, Colegio de México, 1975; y la de Rafael Segovia, *La politización del niño mexicano*, México, Colegio de México, 1975.

La llegada de los refugiados a México

La acogida prestada a los refugiados no fue uniforme. Al menos en principio, la actitud de claro apoyo oficial no fue compartida por la opinión pública. La imagen negativa de los españoles determinó el rechazo con que los mexicanos los recibieron. Ese hecho impulsó a los recién llegados a suelo mexicano a intentar transformar la imagen de España en aquel país. En líneas generales, los intelectuales del régimen y el régimen mismo defendieron con uñas y dientes la llegada de los exiliados; el pueblo y la derecha tradicionalista los rechazó. El Gobierno mexicano, hay que reconocerlo, dio una importante lección de coherencia demostrando que el Estado podía ser un instrumento civilizador y humanizador, mejor conocedor del bien común que el pueblo mismo.

La postura oficial

No era excesivo que el presidente del Gobierno en el exilio, Fernando Valera, afirmase que «México (Lázaro Cárdenas) salvó el alma de la España errante» (9). La actitud de ese Gobierno apoyando la llegada de los refugiados, defendiéndolos interior y exteriormente, y dándoles la posibilidad de la naturalización desde 1940, es tan inusual que inspira algunos interrogantes sobre los motivos que impulsaron la adopción de esa política, y sobre lo que resulta más extraño, el mantenimiento de la misma durante cuarenta años, contra una fuerte oposición interior y exterior.

Los precedentes diplomáticos de las relaciones entre los gobiernos de ambos países no eran positivos. El tratado de paz firmado en 1836, en el que España reconocía la existencia de un México independiente, no solucionó el abismo y la desconfianza entre la antigua metrópoli y su ex colonia. El siglo XIX estuvo lleno de reconocimientos y rupturas. Después de la época dorada del porfiriato, la victoria de la revolución de 1910 inauguró una nueva fase negativa para las relaciones entre la Península y el país azteca. El apoyo oficial dado por España a la intentona contrarrevolucionaria de Victoriano Huerta, provocó una suspensión de las relaciones; que se reanudaron en 1916 con el presidente Carranza. Dese entonces, se mantuvieron hasta el 8 de marzo de 1939, en que el Gobierno mexicano rompió con el Gobierno territorial de España.

Durante la Segunda República esas relaciones oficiales vivieron sus años de mayor esplendor. México se identificó hasta tal punto con la causa de un Estado con el que compartía «un programa nacional co-

(9) Título de una conferencia pronunciada por Fernando Valera en el Ateneo Iberoamericano de París, el 16 de enero de 1970.

Por motivos diferentes según el grupo social al que perteneciesen, los mexicanos se opusieron a la llegada de los exiliados. Ciertamente, existió una campaña periodística contra el arribo de los españoles, de manos, principalmente, de *El Universal* y *Ultimas Noticias*, cuyas editoriales estaban vinculadas a la derecha mexicana. Dos fueron los argumentos esgrimidos para oponerse: la falta de calidad humana de los que iban a llegar, y la más que probable competencia que los españoles supondrían para los mexicanos en el mercado de trabajo. Para desgracia de los exiliados, su llegada coincidió en el tiempo, la primera de 1939, con la repatriación forzosa de familias enteras de emigrantes mexicanos desde los EE UU. Eso dio un arma perfecta a quienes se oponían para censurar la postura de la Administración mexicana, que se inhibía de los problemas de sus compatriotas para preocuparse exclusivamente de dónde y cómo instalar a los españoles. En esas circunstancias, fue fácil organizar una campaña que llamaba al pueblo a rechazar las decisiones de un Gobierno que se preocupaba más de facilitar las condiciones de vida de los españoles que de los mexicanos. Eran sencillo poner al pueblo mexicano en contra de los recién llegados, porque esas críticas caían, además, sobre un substrato muy antiguo que rechazaba a los hispanos (13).

La derecha temía que los republicanos trasladasen a México las luchas sociales de la Península. Por otra parte, su presencia supondría un refuerzo para la izquierda del país, muy potente en el Gobierno de Cárdenas. *Los rojos*, pregonaban a través de sus diarios, pretendían trasladar a su territorio la guerra civil que habían perdido en España. Además, se trataba de seres sin calidad moral, asesinos de sacerdotes y monjas. Eso tocaba lo intocable, la Iglesia católica, para un sector de la población identificado plenamente con ella. «No tememos —señalaba *Excelsior*— la llegada de españoles de buena raza, hijos de la *Celestina* y de Don Quijote... lo que no queremos es que, entre personajes del Romancero y los hijos del que escribió *La Celestina* se nos cuele alguna otra celestina de verdad, por muy pasionaria que sea; algún Rinconete, algún Cortadillo... Tampoco quisiéramos que por aquí apostara algún Maese Pedro en funciones» (14).

Para las clases medias y populares, ese temor tenía otro sentido; veían en los exiliados una fuerte competencia en el mercado de trabajo, toda vez que los emigrantes tenían fama de estar mejor preparados y

(13) Uno de los artículos publicados en la compilación hecha en México en honor a los exiliados, *El exilio español en México 1939-82*, México, Fondo de Cultura, 1982, Salvador Reyes Nevares dedica un interesante artículo denominado «México 1939» a dicha campaña.

(14) *Excelsior*, «No es a esos que les tenemos miedo»; editorial, 3 junio 1939, p. 5.

la expropiación petrolera llevada a cabo por el Gobierno Cárdenas. La defensa de la causa hispana pudo también ser un pretexto para que el joven México revolucionario adquiriese protagonismo y prestigio en los foros internacionales, como heraldo de las causas justas. Pudo tratarse de un pulso político del Gobierno izquierdista de Cárdenas a la, no por vencida menos influyente, derecha mexicana. Tal vez fue de una cortina de humo, para desviar al pueblo de las dificultades que el Gobierno tenía para llevar a la práctica sus promesas.

¿Y el mantenimiento de esas políticas durante cuarenta años consecutivos? Esto sí tiene más fácil explicación. Cárdenas logró convertirse en un mito del México revolucionario. Todos los gobiernos que le sucedieron buscaban su legitimidad en la Revolución, sobre todo en momentos de crisis. Sólo un Gobierno con extrema fortaleza interna, podía romper con una decisión política tomada por el viejo mito sin poner en duda ese lazo invisible que les unía con la revolución legitimadora, y esa circunstancia no se dio. Por otra parte, la causa de la República española continuó siendo útil a un Estado con aspiraciones de convertirse en cabeza de los países no alineados; en ese sentido la dotaba de prestigio como defensora de la justicia. La derecha mexicana utilizó un argumento más para explicar el mantenimiento de esa postura: el famoso y mítico yate *Vita*. Sobre ese barco existieron múltiples conjeturas relacionadas con su llegada a México y con su fabuloso contenido (las cajas del Banco de España). Según ellos, el contenido de la nave había sido incautado por el Gobierno de su país. En vista de lo cual, el Gobierno reconocía la República para tenerla «atada» por la gratitud, impidiendo así que los republicanos reclamasen el tesoro, y negaba el reconocimiento al Gobierno de Franco, porque éste podía reclamarles el famoso tesoro (12).

(12) Sobre el tema se escribió mucho en México y, en ningún caso, se esclareció lo relacionado con el yate *Vita*. Mientras unos mexicanos dudaban incluso de su existencia, otros estaban seguros de que los tesoros que traía eran fantásticos. Si atendemos al *Excelsior*, el diario de mayor prestigio e influencia pública en México, habría que señalar que el yate llegó a Tampico cargado con más de 100 millones de pesetas en oro, que estaban siendo depositadas en los bancos mexicanos para costear la instalación de los refugiados vascos. *Excelsior*, 17 de abril 1939, portada.

José Fuentes Mares en, *Historia de un conflicto: El tesoro del «Vita»*, Madrid, CUS, 1975, publicado bajo el título *Historia de dos orgullos*, México, Océano, 1984, cifrada en 300 a 400 millones de pesetas en joyas y oro el contenido del barco. Amaro del Rosal publicó también sobre el tema *El oro del Banco de España y el tesoro del «Vita»*, México, Grijalbo, 1976. No obstante, este no ha dejado de ser uno de los muchos mitos en la historia de las relaciones España-México. No es extraño que, aún hoy, cuando representantes españoles visitan aquel país, la prensa saque a colación el tema del *Vita* como un episodio no cerrado.

Por motivos diferentes según el grupo social al que perteneciesen, los mexicanos se opusieron a la llegada de los exiliados. Ciertamente, existió una campaña periodística contra el arribo de los españoles, de manos, principalmente, de *El Universal* y *Ultimas Noticias*, cuyas editoriales estaban vinculadas a la derecha mexicana. Dos fueron los argumentos esgrimidos para oponerse: la falta de calidad humana de los que iban a llegar, y la más que probable competencia que los españoles supondrían para los mexicanos en el mercado de trabajo. Para desgracia de los exiliados, su llegada coincidió en el tiempo, la primera de 1939, con la repatriación forzosa de familias enteras de emigrantes mexicanos desde los EE UU. Eso dio un arma perfecta a quienes se oponían para censurar la postura de la Administración mexicana, que se inhibía de los problemas de sus compatriotas para preocuparse exclusivamente de dónde y cómo instalar a los españoles. En esas circunstancias, fue fácil organizar una campaña que llamaba al pueblo a rechazar las decisiones de un Gobierno que se preocupaba más de facilitar las condiciones de vida de los españoles que de los mexicanos. Eran sencillo poner al pueblo mexicano en contra de los recién llegados, porque esas críticas caían, además, sobre un substrato muy antiguo que rechazaba a los hispanos (13).

La derecha temía que los republicanos trasladasen a México las luchas sociales de la Península. Por otra parte, su presencia supondría un refuerzo para la izquierda del país, muy potente en el Gobierno de Cárdenas. *Los rojos*, pregonaban a través de sus diarios, pretendían trasladar a su territorio la guerra civil que habían perdido en España. Además, se trataba de seres sin calidad moral, asesinos de sacerdotes y monjas. Eso tocaba lo intocable, la Iglesia católica, para un sector de la población identificado plenamente con ella. «No tememos —señalaba *Excelsior*— la llegada de españoles de buena raza, hijos de la *Celestina* y de Don Quijote... lo que no queremos es que, entre personajes del Romancero y los hijos del que escribió *La Celestina* se nos cuele alguna otra celestina de verdad, por muy pasionaria que sea; algún Rinconete, algún Cortadillo... Tampoco quisiéramos que por aquí apostara algún Maese Pedro en funciones» (14).

Para las clases medias y populares, ese temor tenía otro sentido; veían en los exiliados una fuerte competencia en el mercado de trabajo, toda vez que los emigrantes tenían fama de estar mejor preparados y

(13) Uno de los artículos publicados en la compilación hecha en México en honor a los exiliados, *El exilio español en México 1939-82*, México, Fondo de Cultura, 1982, Salvador Reyes Nevares dedica un interesante artículo denominado «México 1939» a dicha campaña.

(14) *Excelsior*, «No es a esos que les tenemos miedo»; editorial, 3 junio 1939, p. 5.

trabajar más duro que ellos. Para muchos, se trataba de una segunda Conquista, y no estaban dispuestos a aceptarla.

Excelsior, con no muy bien escondidos recelos, ofrecía una solución al temor de los mexicanos. El Gobierno habría de cumplir con la promesa de evitar la competencia, a toda costa. ¿Cómo? Tras desechar los rumores que hacían hincapié en la carga social que para el Estado supondrían los refugiados, argumentando que venían con fondos suficientes para instalarse y para favorecer el desarrollo de la agricultura, de la pesca, en la que eran expertos, y la industria, planteaba así la solución perfecta: evitar la competencia mandando a los españoles a esas tierras numerosas y ricas en las que faltaba gente. Crear pueblos de hispanos dispersos por ese territorio virgen, hechos con casas de madera y adobe y equipados con los recursos necesarios para cultivar. Ellos se ocuparían de convertir esas pequeñas poblaciones remotas en centros económicos y, a la vez, actuarían como elemento de sociabilización y mestizaje entre los grupos indígenas de esos lugares. Por otra parte, esos pueblos funcionarían como una comunidad en la que se distinguirían rápidamente los indeseables, siendo apartados por ellos mismos (15).

Días después, el mismo diario defendía a los refugiados de la oposición popular, utilizando un argumento moral: era deber cristiano de México abrirle las manos a hermanos en un momento difícil. Eso sí, había que exigirle al Gobierno que los controlase y a ellos que, en gratitud, no se inmiscuyesen en los asuntos de México (16). Nos da la impresión, al leer las páginas de los diarios mexicanos de esos días, que existió un factor psicológico, no expresado claramente pero bastante influyente, que facilitó, en algo, la llegada de los españoles. Los mexicanos se sentían como si la historia les hubiese dado la oportunidad de resarcirse. Los antiguos hijos debían recoger los pedazos de la madre errante y destruida, que ahora llamaba humildemente a su puerta y les daba oportunidad de mostrarse hospitalarios.

El Universal, el otro gran diario de México, se convirtió en el adalid de la causa antirrefugiado. A la vez que mostraba su rechazo hacia los llegados, porque se inmiscuirían en la política interna mexicana y harían una competencia desleal a los lugareños, malinterpretaba las declaraciones de los mismos afirmando que estaban de paso en México

(15) José Li6n Depetre, «Inmigrantes de Espa1a», *Excelsior*, 5 junio 1939, p. 5. De hecho existieron intentos de llevar a cabo algo parecido pero constituyeron un aut6ntico fracaso. Y es que ni por zona geogr1fica de origen, ni por estructura socioprofesional, el exiliado era campesino.

(16) Ignacio Morelos, «Refugiados espa1oles», *Excelsior*, 10 junio, p. 5.

porque, según el diario, eso confirmaba que venían a conseguir dinero y marcharse ricos como los gachupines e indianos. Y es que la derecha mexicana estaba dispuesta a utilizar argumentos contradictorios para oponerse a una llegada que, en todo caso, fortalecía internamente a la izquierda.

Cabe señalar que la llegada de los hispanos caía en un saco ya viciado. Poco antes, se había resucitado el sentimiento antiespañol, con una campaña que realizó la prensa de izquierda contra las celebraciones con que la colonia española acogía a las víctimas del Caudillo. Esa campaña culminó con la expulsión, atendiendo al artículo 33 constitucional, de varios de los dirigentes de la colonia española considerados cabeza de la Falange en México, acusados de crear una organización política extranjera en suelo mexicano. Las masas se habían movilizado, al llamado de la izquierda sindical mexicana, contra los españoles residentes en su país. Una vez movilizados y resucitados los sentimientos antiespañoles del subconsciente colectivo mexicano, no era de esperar que el pueblo mexicano fuese capaz de distinguir entre unos españoles y otros. La prensa de izquierda, con el diario comunista *El Popular* a la cabeza, apoyó claramente el asilo dado a los hispanos. Sin embargo, ellos mismos habían abonado el terreno para que la prensa de derecha pudiese llevar a cabo una campaña contra los exiliados.

Mientras esto ocurría, *El Nacional*, el diario oficial del Gobierno revolucionario, intentaba convencer a la opinión pública de que los que venían beneficiarían a la República, trabajando la tierra «convirtiéndola en vergeles como los de Sevilla o Galicia» y educando a las juventudes mexicanas. En ningún caso serían competencia para México, de ninguna manera harían fortuna y se marcharían, nunca trasladarían aquí sus luchas, «eran españoles, no gachupines» (17).

El Gobierno, la izquierda sindicalista y los intelectuales, fueron el sostén de los refugiados en los primeros momentos. El pueblo llano, la derecha sinarquista, la «honorable colonia» española, se opusieron a su llegada. Cabría señalar, no obstante, que existió una «élite criolla, cuya hispanofilia militante, en oposición a los principios indigenistas de la Revolución, hizo que vieran a los recién llegados con cierta simpatía racial y cultural» (18). Una vez en México, no fue extraño ver que los mismos miembros de la colonia hispana que habían temido profundamente la llegada de estos compatriotas, los apoyaran económicamente dándoles empleo. En parte

(17) Mónica Neck, «Españoles, no gachupines», *El Nacional*, 15 junio 1939, p. 5.

(18) Clara E. Lida, «Del destierro a la morada», *El exilio de las Españas en las Américas, ¿a dónde fue la canción?*, Barcelona, Anthropos, 1990, p. 77.

porque estaban convencidos de que los españoles trabajan mejor que los mexicanos, pero también porque surgió, de forma natural, cierto sentimiento de solidaridad hispana. Vamos a pararnos un poco en este punto.

Dos Españas en México

Los compatriotas de los refugiados en México reaccionaron a su llegada muy negativamente como grupo; no así a nivel individual. Republicanos y colonia, encarnaron en México a las dos Españas enfrentadas. Sus posturas y actitudes ante el desarrollo político en la Península y ante las resoluciones adoptadas por México en el caso español, iban a ser totalmente opuestas. La colonia adoptó una actitud claramente antirrefugiados y a favor de Franco, por lo que su régimen significaba de defensa a la España católica y eterna, la España del orden. Sus ideas, expresadas en los diarios que controlaban, se oponían a la política de México y atacaban fuertemente a los exiliados. Con dos excepciones: catalanes y vascos, para quienes los lazos étnicos fueron más fuertes que las diferencias políticas.

Refugiados y colonia vivieron vidas separadas, asistieron a centros distintos, sociales los primeros y políticos los segundos, y se vigilaron con suspicacia: «Los refugiados percibieron al antiguo residente como el epítome de gachupín, con profesión denigrante de abarrotero, trabajador pero inculto representante pancista de una España de pandereta, indiano latente, y más franquista que español... atado a un pasado de España, sentimental pero falso y truncado. Los antiguos residentes vieron a los refugiados como un hombre criado en la violencia, a lo peor un anarquista, a lo mejor un intelectual peligroso, más republicano que español... un hombre que trajo su familia con él y así cortó sus lazos con España, a la cual no pudo volver por diferencias ideológicas» (19).

El término gachupín, utilizado por los mexicanos desde la revolución y por los refugiados para oponerse a sus compatriotas, establecía una distancia social y cultural ente México y la colonia española. El gachupín, desde lo social, recordaba a los mexicanos a los administradores españoles de las haciendas en la época del Porfiriato, apegados al trabajo y más duros que el amo con los peones. A esa imagen de capataces explotadores, se unía la connotación de cazador de dotes de familias ricas y de usureros. Desde lo cultural, el mexicano culto considera al gachupín como un español rico pero rudo, cuyas ideas eran reaccionarias y antirrevolucionarias. El gachupín era un hombre que había salido de España pero que, además, se había quedado allí, la ha-

(19) Michael Kenny, *Inmigrantes y refugiados españoles en México*, México, Casa Chata, 1979, p. 71.

bía cristalizado convirtiéndola en un símbolo de distinción social, y no deseaba integrarse en México. No era exactamente el hombre de la Conquista, ya que los descendientes de la misma eran los mexicanos; no era el encomendero, pues su origen era humilde. Era un hombre que con el trabajo, la tenacidad y el ahorro, había hecho fortuna y había adoptado la psicología de un nuevo rico.

Las diferencias entre unos y otros españoles en México eran sobre todo de talante, se debían a las circunstancias de la partida y de su integración en México. La colonia la formaban españoles que, sin nada que los retuviese en un país donde eran pobres, marcharon a «hacer las Américas». Los segundos eran expulsados de una España en la cual, en su mayoría, poseían una situación privilegiada como intelectuales reconocidos; marchaban a compartir con ellos sus conocimientos, a dar, no a recibir.

Según el exilio, la añoranza, compartida por ambos, era distinta: para los primeros era morriña y nostalgia de un pueblo en que estaban su familia y raíces, añoranza de una España de postal. Para los segundos, la España añorada no era una tierra, ni solucionaba el problema de la nostalgia volver a ella, sino una España organizada, política y socialmente, de forma muy diferente a la que se encontrarían si volviesen. Una España soñada más que añorada, una España por hacer.

La reconciliación entre colonia y refugiados parecía imposible. Conforme el tiempo fue avanzando, a la lucha contra Franco de los republicanos, se opuso la congratulación de la colonia con los éxitos económicos del régimen. Éxito que fue el tema central de un diario que, con el título de *España al día*, se publicó desde 1973 en México. Tan sólo en un tema los españoles en México hacían frente común: la reivindicación de Gibraltar.

Sin embargo, era posible distinguir dentro de la colonia entre aquellos que estaban a favor de Franco, pero no llevaban a cabo ninguna labor activa, y los que realizaban una labor proselitista del franquismo en México (20). Daban muestra de la actitud de los miembros activos

(20) Estos llegaron a crear, en 1937, una Sección de Falange Exterior en México. Se trataba de un grupo propagandista que actuó durante la guerra, para desaparecer el 4 de abril de 1939, cuando parte de sus dirigentes fueron expulsados del país. Este grupo, a través de su revista *Hispanidad*, iba a defender a Franco ante una opinión pública que, como hemos visto, no coincidía plenamente con la postura antifranquista oficial. Según Amparo Escudero, la colonia española consiguió, manipulando la prensa, que la opinión pública se inclinase más al bando nacional que al elegido por su Gobierno.

M. Amparo Escudero, «Las relaciones entre los exiliados republicanos y la antigua Colonia residente en México». *Actas del congreso sobre la oposición al régimen de Franco*, Madrid, UNED, 1990, p. 301.

de la colonia los enfrentamientos entre los estudiantes del colegio Luis Vives (hijos de los refugiados) y los del conservador Cristóbal Colón. Esos encontronazos no fueron esporádicos, así lo confirmaba Máximo Muñoz cuando aconsejaba a la colonia que abandonase una actitud que constituía una deslealtad con el país que les acogió, evitando las provocaciones y el continuo alarde de los símbolos fascistas que ésta realizaba (21).

Las divergencias entre refugiados y colonia, siempre como grupo y no a nivel individual, permanecieron a lo largo del franquismo. Fueron incluso más extremas que en España, ya que la distancia y la falta de contacto con el desarrollo de la política en la Península, fosilizó ese enfrentamiento. Habría que esperar a los hijos y nietos de los exiliados para ver cómo, poco a poco, empezaron a sentirse todos españoles fuera de España; sin otras diferencias que las de las regiones de origen.

Ahora bien, esa falta de unidad venía más de parte de los refugiados que de la colonia. Eran ellos quienes se negaban a que les identificasen con los emigrantes económicos. Intentaban dejar claro, continuamente, que unos y otros eran representantes de Españas distintas. ¿Por qué? El enfrentamiento colonia-refugiado partía de una evidente disparidad de postura profranco y contra Franco; pero fueron los refugiados quienes explotaron esa irreconciliabilidad, como medio para cambiar la imagen de España en México.

Los exiliados y el cambio de imagen de España y los españoles

Los refugiados, conscientes de la imagen negativa de España y los españoles, se empeñaron en cambiarla. Para hacerlo utilizaron dos instrumentos. En primer lugar, la existencia de dos Españas, una verdadera y otra falsa, que el mexicano entendía por cuanto el exilio le mostraba la representación de esa dualidad en su propio suelo. La España heredera del Imperio, y por tanto objeto aceptable de todos los odios y críticas del nacionalismo mexicano, era la España de Franco, y por extensión, la que la colonia económica representaba en México. La España verdadera, hermana de México y no madrastra, era la republicana, la que ellos representaban. En segundo lugar, reconocieron que en un plano de igualdad, despegándose de la soberbia que los mexicanos les criticaban, era posible la reconciliación de España con México. Los exiliados explotaron esa posibilidad, dando nuevo sentido a la hispanidad con la creación del concepto del «transtierro».

(21) Máximo Muñoz, *Grandeza y tragedia de la emigración republicana española*, México; Ateneo Español, conferencia pronunciada 22-2-1955.

Los exiliados explotaron en México la dualidad de España. Alejados siempre, y enfrentados públicamente a sus compatriotas, iban a hacer hincapié en que el talante de la España republicana era distinto al de la colonia. Llegaban agradecidos a trabajar para México; a dar y no a llevarse; a integrarse con sus familias llegando a afirmar que eran tan mexicanos como españoles, o que en México habían encontrado la esencia de España. En su vida diaria, intentaron romper muchos estereotipos; descargando todas las culpas de España en México sobre la otra. No era algo nuevo; ya en 1939, varios grupos de ex combatientes mexicanos que habían ido como voluntarios a España para luchar con la República, publicaron un pasquín que señalaba lo que los exiliados iban a ocuparse de fomentar: la total falta de identificación entre la España de la República y aquella de la que los mexicanos conservan una deplorable imagen.

«Cambiamos gachupines por buenos españoles.

la España negra por la España luminosa de la libertad y el progreso.

10.000 taberneros gachupines por 10 catedráticos españoles.

10.000 abarroteros gachupines por 100 técnicos españoles.

1.000 patronos feudales gachupines por 100 industriales españoles.

10.000 negreros gachupines del campo por 1.000 agricultores españoles modernos de Valencia, Cataluña y Galicia.

1.000 patronos feudales gachupines por 100 industriales españoles modernos de Vizcaya y Cataluña.

Todos los gachupines rentistas, dueños de garitos, disimulados, traficantes de droga, parásitos, en una palabra, por 20.000 obreros y campesinos liberales productores españoles.

¡¡Inmigración perniciosa por una inmigración próspera!!

Así reivindicamos para siempre a Nuestra España Verdadera» (22).

¿Llegó el pueblo de México a diferenciar esas dos Españas y a reconciliarse con la republicana? Es probable que la imagen de la relación idílica entre México y los refugiados haya de ser matizada, y hayamos de distinguir según el grupo social y el medio geográfico al que nos refiramos. El cambio de imagen que se propusieron los exiliados se podía hacer por dos vías: el poder y los medios de comunicación de él dependientes, y el contacto directo. El contacto directo entre mexicanos y refugiados se dio en lugares muy concretos de México, en el Distrito Federal fundamentalmente, y en estratos también concretos de la sociedad, intelectuales sobre todo. Es cierto que desde el Estado y desde los medios de comunicación, se comenzó a transmitir una imagen nueva de España pero, ¿quién accedía a esos medios de comunicación?

(22) «Cambiamos gachupines por buenos españoles», folleto recogido por *El Popular*, 4 abril 1939, p. 4.

¿Fue la de los refugiados una segunda Conquista? Ni en los medios oficiales, (23) ni en los intelectuales se pensaba así. La mayoría de los intelectuales mexicanos de los sesenta y setenta, reconocían con gratitud sentirse herederos de estos españoles (24). Sin embargo, también hubo mexicanos que pensaron que se daba demasiada importancia al papel desempeñado por los exiliados en el desarrollo de México. Los críticos con los apologéticos de los refugiados, creían que estos caían en el paternalismo al creer que México necesitaba una nueva remesa de españoles para poder desarrollarse, lo cual era reconocer la superioridad hispana. Consideraban cierto que llevaron consigo avances técnicos y culturales, que trabajaron para el desarrollo de México, que abrieron empresas y dieron trabajo a muchos mexicanos. No obstante, de resultado de todo ello, se habían enriquecido a costa de México, por eso no se diferenciaban de los gachupines.

Lo mismo sintió el pueblo de México. Se consideró engañado por un régimen que se comprometió a evitar a toda costa la posible competencia de los refugiados, convenciéndolos de que quienes llegaban eran pescadores y agricultores que trabajarían las tierras baldías. Por otra parte, la prudencia que llevó a los exiliados a no inmiscuirse en los asuntos políticos de México, permaneciendo en sus centros e instituciones, respondiendo así a lo que en principio parecía ser el anhelo de los mexicanos, fue entendida como el deseo de no integrarse.

Tal vez porque muchos de los exiliados se fueron *gachupinizando* y abandonando la política activa, el pueblo no llegó a distinguir colonia de exiliados. El antropólogo Michael Kenny y los investigado-

(23) Desde Lázaro Cárdenas, que hablaba de los españoles en México como «sus refugiados», oficialmente, estos españoles han representado la verdadera España, antiimperalista y contraria a la España tradicionalista, identificada con Franco, cuya imagen es totalmente negativa. Para el presidente Luis Echeverría, el espíritu de la España verdadera está en estos hombres «que con una clara noción de su destino, lo salva en el trabajo, en la lucha económica, en el arte, su temperamento apasionado; este que, por otras formas de ser en el mundo, se ha visto como un defecto, tenemos que verlo como una característica positiva, ya que en estos días la industrialización, la contaminación ambiental y el predominio de los instrumentos materiales, como que diluyen los perfiles de la personalidad humana... por eso algo que pertenece a la naturaleza como la pasión, el calor de la sangre y el valor para expresar las ideas debe apreciarse con justeza». Luis Echeverría, *Posición de México en el caso de España*, México, PRI, 1975, p. 21.

(24) El cincuentenario de la llegada de los refugiados a México fue celebrado en la Universidad nacional y en la prensa con diversos actos y artículos que dejaban claro hasta qué punto la llegada de los refugiados fue un auténtico reencuentro entre España y México. Con anterioridad a esa celebración, habían visto a la luz en México el libro colectivo *El exilio español en México, 1939-82*, y el trabajo de recopilación de M. Luisa Capella sobre el coloquio, *El exilio español y la UNAM*, México, UNAM, 1987. Ambos abogan por el reconocimiento a la labor por ellos desarrollada.

res del Instituto Antropológico de la UNAM, al estudiar a los grupos españoles residentes en México, no encontraban diferencias esenciales entre ellos. Reconocían que estas existieron en las primeras generaciones del exilio, pero se habían ido diluyendo. Ante el mexicano quedaba constancia así de que en definitiva sólo había un tipo de español en su país, el gachupín: «Los españoles en México, constituyen un caso especial de minoría que espera se integren en países que ya no son parte de su Imperio, pero que todavía manifiestan patrones culturales que en buena medida fueron impuestos por sus predecesores... son colonos en la que fuera su antigua colonia... su asimilación es más difícil... forman (todos), una selecta casta, segura de su exclusividad» (25).

Por el contrario, aquellos que tuvieron relación directa con los refugiados, políticos, intelectuales y profesionales, adoptaron una postura distinta. El mexicano informado, con un nivel de enseñanza superior, que se había educado en las aulas con muchos maestros españoles, observó esa doble España y se identificó con la España de los republicanos; esa que aprendieron en los años de juventud y cuya causa hicieron suya. «La España que amo, no es sino la de aquellos que nos enseñaron hablándonos de Cervantes, de Fray Luis de León, de Santa Teresa, Unamuno y de Galdós; mientras los gachupines hablaban de la verbena, la Covadonga, el toro y el Rey. Los refugiados se mezclaban con la gente de aquí, los gachupines se la traían de allá, para preservar una cascada de pandereta y una cadauca, intolerante religión de aldea» (26). Y a largo plazo, ¿quién sino ellos están detrás de la visión menos polémica y más equilibrada de España y los españoles, que desde los años sesenta se ofrece en los textos escolares mexicanos, y que ha ido cambiando la imagen de nuestro país en los últimos años?

De la hispanidad franquista al reencuentro transterrado

El exilio utilizó otro camino para transformar la imagen de España en México. Rompió con la idea imperialista con que se relacionaba a nuestro país, dándole un nuevo sentido al concepto de hispanidad a través del concepto de «transterrado». Un sentido que podía ser aceptado por México, y que ponía las bases del reencuentro España-México en situación de hermandad.

La hispanidad era un concepto difícil de definir, que incluía múltiples acepciones dependiendo de la ideología desde la que se mi-

(25) Michael Kenny, *Inmigrantes y refugiados españoles en México*, México, Casa Chata, 1979, p. 71.

(26) M. Luisa Mendoza, «La emigración española», *El Sol de México*, 19 de febrero de 1980, p. 4.

rase. Como concepto político, podía entenderse como comunidad de naciones en la que España ejercía su hegemonía. Eso no sería más que la actualización de una idea imperialista, adaptada a la realidad de la independencia de las antiguas colonias. El exilio se ocupó de identificar esa hispanidad con Franco, como heredero de la España tradicional y conquistadora, mientras ellos se predicaban propulsores de una hispanidad nueva: una unidad de pueblos en igualdad de condiciones, con un pasado común y un ideal nacional futuro, común también.

Aparte de la vertiente política del término, en la que a estas alturas muy pocos creían, el concepto tenía un significado cultural e ideológico: unidad de cultura, de lengua, de religión, de forma de ver la vida. En suma, unidad espiritual, existente a pesar de la escasa efectividad de las instituciones para ese fin creadas. Unidad igualitaria para los refugiados y con España como cabeza para los franquistas.

El sentido de hispanidad que triunfó en la derecha española y que se impuso en 1939, fue el de la Falange. La idea de reconstruir el Imperio, no a través de una reconquista, sino de una reunificación de lo que fue uno. Hispanoamérica era la fase superior del patriotismo español. En el punto tercero de la norma programática de Falange, se afirmaba: «Tenemos voluntad de Imperio. Afirmamos que la plenitud de España es el Imperio... Respecto a los países de Hispanoamérica tendemos a la unificación de cultura, de intereses económicos y de poder. España alega su condición espiritual del mundo hispánico, como título de preeminencia en las empresas universales» (27).

Este concepto de hispanidad era defendido en México por los grupos falangistas nacidos en la colonia española y por los grupos sinarquistas. Al monopolizar la derecha mexicana al concepto, no podía extrañar que cada vez que se aludía al término se despertasen las suspicacias de toda la izquierda mexicana (28).

(27) J. L. Rubio, *op. cit.*, p. 104.

(28) En la derecha mexicana, como en la del resto del Continente, el triunfo de Franco se vivió como el inicio de la recuperación de los ideales eternos de España. España se convirtió en una tierra prometida, un Estado ideal católico e hispánico. La utopía hispánica de esos grupos era reconstruir el Imperio bajo bases igualitarias, un Imperio católico y antiyanqui.

Según Ovidio Gondí, *La hispanidad franquista al servicio de Hitler*, México, Diógenes, 1979. El Instituto de Cultura Hispánica español, en colaboración con el Instituto Iberoamericano de Berlín, fue utilizado por el Eje para extender las ideas fascistas en México y provocar incidentes en Hispanoamérica, bajo el engaño de la tradición, el catolicismo y el amor a España. Con ello, el Instituto perdió toda posibilidad de influencia en el resto de la sociedad mexicana como vehículo de encuentro entre España y México.

La hispanidad franquista se identificaba en México con la falangista. ¿Pero, realmente Franco conservaba la idea falangista de Imperio? A decir verdad, no parecía que la idea de hispanidad franquista fuese mucho más allá de la unidad cultural y espiritual de los refugiados. Por otra parte, la cuestión americana no fue una preocupación básica para Franco. Como en todo, la astucia del Caudillo utilizó la baza hispánica en los años cuarenta para olvidarla después. A través del Instituto de Cultura Hispánica, Franco se atrajo el favor de la Hispanoamérica tradicionalista y católica en los organismos internacionales, y su apoyo económico. En los sesenta abandonó la política hispanoamericana para apostar por el Mercado Común y Europa.

Sin embargo, los exiliados utilizaron la imagen imperialista del régimen franquista para alejar a los mexicanos de la España que aquel representaba, y así atraerlos a la España verdadera. Franco entendía la hispanidad, según los exiliados, en su sentido tradicionalista y católico de restauración de un Imperio espiritual y cultural con España como cabeza, para volver a ocupar el lugar que le pertenecía en el mundo. La hispanidad de las fuerzas opositoras, que los exiliados llevaron a México, era una Comunidad Hispánica nueva; un conjunto de países unidos en estado de igualdad, en un proyecto social de libertad y de justicia. Nuestra hispanidad, decía Climent: «es la de Riego, que sublevó en las Cabezas a las expediciones que venían a combatir las libertades americanas; es la de Prim, que se niega a intervenir en México a favor de la invasión francesa; la de Pi i Margall, defendiendo la autonomía de Cuba para mantener sus lazos espirituales con España» (29).

Los exiliados defendían una idea de hispanidad que debía basarse en el reencuentro de dos realidades progresistas e iguales, España y México. De la misma forma que existían dos Españas hubo dos Méxicos. El México verdadero, que logró imponerse sobre el otro en el proceso de la independencia y en la posterior revolución, esperaba que cuando la España real se independizase de «la España eterna», dejase de ser una colonia de sí misma, y fuese posible poner en marcha un nuevo concepto de comunidad iberoamericana (30). En

(29) J. B. Climent, «Sobre el Día de la Raza», *Boletín del Centro Republicano Español*, 70, septiembre de 1982.

(30) La decepción se hizo patente en Hispanoamérica, conforme fue avanzando la transición. Se sintieron dolidos porque los españoles hicieron una clara opción por Europa, olvidando América. Intentaban justificarse, decían en América, convenciéndonos de actuar como puente entre América y Europa, pero no era más que eso, una justificación. En ese sentido, no le perdonaron a España su actitud ante el conflicto de las Malvinas en el seno de la ONU, y el V Centenario se vio como un proyecto para recordar el pasado, pero sin ninguna vista hacia el futuro.

Especial mala imagen tenía la actitud del Gobierno español y de los españoles con los 250 mil latinoamericanos residentes en España en los años ochenta. Sobre todo cuando ellos en 1939 fueron recibidos con los brazos abiertos en América. Gabriel García Márquez, «Nostalgia de la nostalgia», *Boletín del Centro Republicano Español*, 63, marzo 1982, pp. 2-3.

ese sentido, la idea más ambiciosa era la defendida por Abad de Santillán: una Commonwealth Hispánica, ya que para él lo mismo tenía en común un andaluz con un catalán que con un venezolano (31).

Realmente, el concepto de pertenencia a una misma comunidad de origen y de destino, si entendemos como tal la hispanidad, sólo se realizó plenamente gracias a la labor de los intelectuales republicanos en el exilio. En ellos se pasó de «conocer América» a «vivir América», con todo lo que ello conllevaba de convivencia real entre españoles y americanos. En ese encuentro, se dieron cuenta que pertenecían a una misma patria, que sobrepasaba los límites geográficos. Sobre ese reconocimiento se habían de poner las bases para las futuras relaciones entre España y América y para dar un impulso al concepto de hispanidad. «Con ellos, aparece el sentimiento de la unidad del mundo hispánico después de haber vivido la América española, que no es lo mismo que saber la América española» (32).

Llegados a América, los intelectuales continuaron planteándose el tema, heredado de sus mayores, de la esencia de España. Pero esa búsqueda de la esencia de España la tuvieron que hacer desde una nueva realidad geográfica, su presencia en América. Al lanzarse a esa tarea se dieron cuenta de que podían hacerlo desde lo que quedaba de español en esas tierras. Su actividad se centró entonces en descubrir lo que de diferente tenía México con España (desarrollando los estudios indigenistas), para descubrir después lo que de común tenía con ella.

Descubrieron, en la búsqueda del sentido de la identidad española, que ésta era idéntica a la de los países iberoamericanos y que por tanto formaban parte de la misma patria; una comunidad con un pasado común y un proyecto de futuro común también; con una misma lengua e idéntica forma de comportarse en el mundo. España y México, eran «una doble patria una», según José Gaos, por eso no se sentían desterrados sino transterrados, en distinta tierra pero en la misma patria. En ese proceso de búsqueda de la esencia de «su España», que entendían liberal, tomaron conciencia de que la esencia de su patria existía en América ya realizada, gracias al triunfo de los movimientos de independencia. Esa España verdadera y contraria a la de Franco, que habría de ser la última de las colonias de la «España eterna e imperial» en independizarse de sí misma, era ya una realidad en América.

(31) Diego Abad De Santillán, «Más sobre el futuro de España», *Comunidad Ibérica*, 25, noviembre-diciembre 1966.

(32) Juan Antonio Ortega Medina, «Historia», *El exilio español en México*, *op. cit.*, p. 239.

El concepto de transterrado nació en los años cincuenta de la mente de José Gaos y fue adoptado rápidamente por el exilio. Según el mismo, el exiliado no se podía sentir extranjero en México, porque compartía con él su cultura y su visión del mundo. Se sentía trasladado en el espacio, no desterrado sino conterrado, en otra tierra que formaba parte de la misma patria: la hispánica. Pero el concepto implicaba más; se basaba en la creencia de que la esencia del hombre eran sus ideas. La esencia del exiliado y de la España verdadera era la libertad. Por ello, no podía sentirse desterrado en un país cuya identidad como nación se configuró en un movimiento de independencia cuyas bases fueron claramente liberales. La esencia de la España verdadera, la libertad, estaba en México ya realizada. No se sentía desterrado sino transterrado a un país que era parte de su misma patria porque compartía con España su esencia. No podía volver a una España en la que la libertad estaba exiliada, en la que no se respetaba su esencia como hombre: su libertad, porque esa no era su patria (33).

Al reconocer la pertenencia a una sola comunidad, el tema español, el mexicano y el hispanoamericano constituyeron, unidos, el eje sobre el que giró toda la obra del exilio. Los historiadores republicanos, desde una postura ajena a los prejuicios, descubrieron, para sí y para los mexicanos, la cultura indígena y la valoraron de forma imparcial. Gallegos Rocafull, Nicolau D'Olwer, Miranda, Millares, Jarnes, Juan Comás (Secretario del Instituto Indigenista Mexicano), Altamira y otros, son reconocidos como redescubridores de la historia mexicana en su vertiente indígena e hispana.

En calidad de historiadores, estudiaron el México colonial analizando la colonización española, en sus aspectos positivos y negativos. Los filósofos crearon una filosofía hispanoamericana con claros fundamentos orteguianos y ayudaron a la creación de una filosofía nacional. En México, José Gaos fue sin duda la cabeza de la filosofía del transtierro. Alumnos suyos fueron Leopoldo Zea y el grupo Hiperión, creadores de una filosofía plenamente nacional y a la vez iberoamericana.

(33) Adolfo Sánchez Vázquez es el único testimonio que hemos encontrado de un exiliado que se opone abiertamente a la idea de transterrado. Según él, el exiliado no es un conterrado ni un trasladado de tierra. El exiliado no es más que un desterrado. Sólo será México su tierra tras un duro proceso por el que llegará a compartir sus esperanzas y sufrimientos con los mexicanos, pero no como un don que se adquiere de forma inmediata a su llegada por el simple hecho de ser hispano. Por el contrario, aunque se integre totalmente, su existencia «nunca dejará de estar en vilo», *Del exilio en México*, México, Grijalbo, 1990, p. 84.

De toda esta obra partió un nuevo mestizaje cultural, que sus discípulos mexicanos continuaron. Un mestizaje que, además, adquirió carácter biológico en la tercera generación del exilio. En estos niños se hizo realidad tangible el reencuentro del que los exiliados hablaban, esa reconciliación que, una vez perdida la influencia política, daba sentido a su destierro.

De igual manera que los españoles se mexicanizaron, los mexicanos se hispanizaron. Entre 1940 y 1960, se asistió en México a lo que se denominó Revolución Hispanista, cuya expresión última fue el cambio de imagen de España que se observó en los nuevos libros de texto gratuitos, publicados por la Secretaría de Educación Pública en 1959. El camino en ese punto básico para la creación y difusión en México de una determinada imagen de España y los españoles, en los años en que el alumno aprende ya para toda su vida a distinguir países amigos de enemigos, fue obra directa de la labor de todos esos intelectuales españoles en el destierro. México y España se reencontraron gracias a un exilio, que llevó fuera de este país a la mitad de los intelectuales españoles. En ese reencuentro, se han de destacar la labor del Colegio de México, de la UNAM, de revistas como *Cuadernos Americanos* o *Ciencia* y de editoriales como el Fondo de Cultura Económica o Séneca. Todas estas instituciones, reunían en su seno a españoles y mexicanos que trabajaban juntos y eran conscientes de pertenecer a una misma patria, la hispanoamericana.

A modo de conclusión

Ciertamente, existieron países a los que fueron a parar bastantes más exiliados que a México. No obstante, la indudable calidad del exilio llegado al país azteca y, por que no decirlo, las circunstancias políticas, económicas y culturales de un Estado postrevolucionario en formación, les permitieron convertirse en el exilio español más importante, tanto para su país de origen como para el de destino.

Para José Luis Abellán, la principal aportación del exilio, toda vez que su influencia en la política española ofreció un balance negativo, fue la del redescubrimiento y reencuentro entre la realidad americana y la española del que fueron protagonistas. A esta afirmación yo añadiría que reconciliaron a España con México, y a los españoles con los mexicanos, cambiando la imagen de nuestro país en su antigua colonia. Por primera vez, el mexicano conoció al español como pueblo, se identificó con él, por cuanto era un país hermano que intentaba llevar a cabo una transformación parecida a la suya, vivió con ellos y constató que no eran ni los conquistadores de los textos ni los encomenderos. Para hacerlo, contó con la ayuda de un viejo concepto, la existencia de dos Españas, lo que les permitió satanizar una para dejar libre de toda

culpa a la otra, la verdadera, la España de exilio, de la que el mexicano se sentía honorable defensor.

*Inmaculada
Cordero Oliveros*

Es verdad que esa transformación fue limitada en el esquema social y profesional de México. Sin embargo, ¿quién crea, desde los años cincuenta y sesenta, imagen de España en México a través de libros de texto y medios de comunicación, sino esos que compartieron con los exiliados aulas, lecturas, tertulias, y hoy ocupan altos puestos en la cultura y la política de la Administración azteca? El camino sería largo, porque la imagen tiene una transformación lenta, pero las bases estaban puestas. En definitiva esta labor es la que, reconocida por los mexicanos, aún ha de reconocer la España de la transición.
